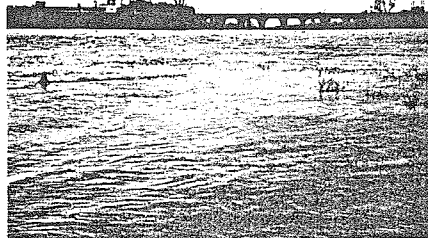




De la sequía a las inundaciones, un problema secular de La Plana

Debemos cambiar nuestra cultura de uso del agua



La gota fría del pasado mes de octubre cerró, bien que de manera provisional, un largo y seco verano, tan largo y tan seco que los cortes, que no restricciones, de agua alcanzaron a un alto número de poblaciones de nuestra provincia, al tiempo que numerosos pozos presentaban síntomas inequívocos de agotamiento. Y en esas llega la lluvia. Y fue tal la cantidad de agua que desde el cielo cayó que hasta el mismísimo pantano de María Cristina, en un abrir y cerrar de ojos, se llenó. Lo nunca visto. Dos episodios hidrológicos extremos, en forma de sequía y de avenida (de este modo se conocen los súbitos aumentos de caudal en ríos y barrancos), se sucedieron bruscamente mostrando en todo su esplendor la singularidad de nuestro clima mediterráneo.

Vivimos, ciertamente, en una área mimada por la naturaleza. Sé que ello es obvio. Lo sé. Con todo, habiendo nacido en Vila-real, mi opinión será siempre parcial. No lo es, sin embargo, la de quienes, cada vez en mayor número, pasan entre nosotros sus vacaciones, entre ellos el presidente Aznar y su familia. También es imparcial el criterio de los jubilados europeos que se quedan a vivir con nosotros. Tenemos pues, debido al clima mediterráneo, una tierra privilegiada. Y este clima cobra su peaje con episodios hidrológicos extremos, bien sequías bien avenidas. Estos fenómenos ni son un invento moderno ni son maldición divina. Son, sencillamente, eventos naturales.

Porque, al menos en este mundo, la felicidad completa no existe. Es esta una idea en la que me gusta insistir cuando me refiero al acontecimiento extremo más frecuente, las sequías. Como también me gusta recordar la crónica más hermosa que, en lengua castellana,

sobre ellas jamás se haya escrito. *“Era el caso que aquel año habían las nubes negado su rocío a la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y disciplinas, pidiendo a Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba venía en procesión a una devota ermita que en un recuesto de aquel valle había. Don Quijote, que vio los extraños trajes de los disciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los debía de haber visto...”*

Así pues ni en los tiempos de Cervantes, ni en los del rey David, las sequías han faltado a sus periódicas citas. Tampoco las avenidas faltarán aunque éstas, por su tránsito fugaz, pasado el susto caen de inmediato en el olvido. Si el clima mediterráneo tiene estas singularidades deberemos aprender a vivir con ellas.

Tenemos, en un nuevo marco, las sequías de siempre. Este marco se ha conformado en los cien últimos años que, dado el gran número de obras hidráulicas construidas, ha venido en llamarse el siglo de oro de la ingeniería civil aplicada al agua. Había que regular los recursos hídricos pues los años de sequía, conocidos bíblicamente como años de vacas flacas, necesitaban del sobrante de los años de lluvia abundante. Como resultado del imponente esfuerzo realizado, sólo tres inmensos países, India, China y EE.UU., tienen más presas que España. Esta política de regulación del agua, pagada por el Estado, ha posibilitado que el consumo crezca al compás y, es importante



SEGUROS
E
INVERSIONES

LIDER MUNDIAL EN EL MERCADO ASEGURADOR
AGENTE: JUANA BARRIL RAMIREZ

ESPECIALISTAS EN VIDA Y PENSIONES
CONSULTE NUESTROS PRODUCTOS
ESTRELLA
LIBRETA AHORRO SEGURO
SEGUROS DE ACCIDENTES:
ELITE, FAMILIAR, SENCIPLAN Y GENERAL

AVDA. FCO. TARREGA, 47 · VILA-REAL (Castellón)
Tel. 964 53 25 02 · Fax 964 53 35 04



VILA-DEPORT, S.L.

C. / Vicente Sanchis, 72 · Tel. 964 52 27 96 · Vila-real



ASESVIL
AGENCIA INMOBILIARIA

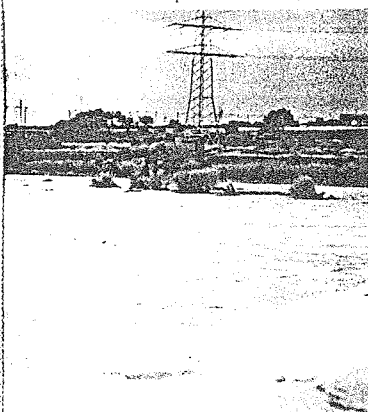
C/ Ecce-Homo, 24 · Tel. 964 53 19 42
Móvil 609 71 18 90 12540 VILA-REAL

Una elección para toda la vida
EDIFICI
SERRA D'IRTA
VILA-REAL



decirlo, sin el menor control. No podía ser de otro modo con el agua prácticamente gratis. Llegamos así a la gran paradoja, a la gran incoherencia. Ni se mide ni se ahorra un agua que calificamos de bien precioso y escaso.

Sin olvidar el uso industrial, antaño inexistente, la superficie cultivada es hoy muy superior a la que regaban nuestros abuelos. El consumo urbano ha crecido con el número de habitantes y con el nivel de vida y, pese a que representa un porcentaje pequeño (el 12% del total de la demanda) el riesgo de fallo en el suministro es alto, pues la población se concentra en áreas de riego tradicional con los recursos hídricos al límite de sus posibilidades. Como nuestra Plana. Si a ello añadimos la presión turística, con los servicios complementarios que



comporta (campos de golf, parques temáticos y acuáticos, etc.), el sistema resulta muy vulnerable en épocas de sequía. Y cuando el fallo aparece, al tener las restricciones urbanas enorme trascendencia social, la publicidad está garantizada, la opinión pública sensibilizada y los políticos en pie de guerra. Nada de esto vivieron nuestros abuelos.

Y por lo que a las avenidas respecta, sus crecidas serán cada vez mayores. Con independencia del cambio climático que ya acecha y que propicia estas crisis, la

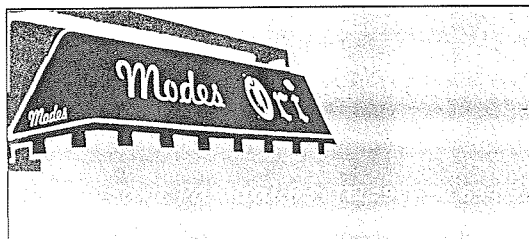
urbanización del territorio y los incendios forestales agudizan el problema. Ambos efectos disminuyen la permeabilidad del terreno que, al retener mucha menos agua de lluvia, favorece las crecidas de ríos y barrancos, como recientemente hemos comprobado. Las poblaciones costeras, desagüe de las zonas del interior a través de los barrancos que en ellas mueren, han sido urbanizadas en demasía, siendo fácil presa de inundaciones y avenidas. Con la actual dinámica ni Benicàssim ni Alicante, por citar dos claros ejemplos, jamás se librarán de inundaciones. Y así lo demuestran los hechos.

El panorama es, pues, muy preocupante. Las sequías no son las culpables de las restricciones que periódicamente sufrimos, mientras las avenidas no debieran ser motivo de alarma con un ordenamiento urbanístico adecuado. El fuerte desarrollo hacia el que nos empuja la poderosa economía de nuestra Plana debiera planearse de manera sostenible y basada, sobre todo, en los propios recursos hídricos. No po-

demo ni debemos confiar el agua que puede llegar del Ebro si, finalmente, se aprueba el Plan Hidrológico Nacional. Antes bien, debemos cambiar nuestra cultura de uso del agua, porque de no hacerlo los nuevos aportes consolidarán nuevos usos que en épocas de sequía agudizarán las crisis. Así ha sucedido con el trasvase Tajo-Segura. La sequía estructural que hoy Murcia padece es muy superior a la que existía antes del trasvase.

Tiene, a mi entender, la crisis del agua un diagnóstico claro. Hemos podido ver en nuestra sociedad en los últimos 25 años grandes cambios y Vila-real, pueblo inquieto y dinámico donde los haya, es un claro ejemplo. Comenzando por el río Mijares, siguiendo con la agricultura, y acabando por la industria, nada ya es como antaño lo fue. Un nivel de vida muy superior al de entonces cobra su peaje. Como se ha dicho, cada vez se necesita más agua que, una vez utilizada, se devuelve al medio natural, las más de las veces, sin la adecuada depuración. Y el resultado es que este sagrado recurso natural se ve sometido a presiones inimaginables hace tan solo algunas décadas. El uso que del agua hoy hacemos no es sostenible en el tiempo. Y aunque las próximas generaciones reciban un patrimonio económico superior al que de nuestros abuelos nosotros recibimos, ya no podrán disfrutar el maravilloso entorno natural de nuestra infancia. Y puestos a elegir no tengo nada claro qué herencia es más valiosa. Y es que sólo los necios confunden el precio con el valor de las cosas.

A los políticos les corresponde el protagonismo, también el riesgo, de introducir los cambios necesarios para que comience a instalarse una nueva cultura de uso del agua. Cambios que ya no admiten demora. A la luz del debate del Plan Hidrológico Nacional que estamos viviendo conviene decir que en el tema del agua ni existen ideologías ni prima el sentido común. Con la mirada puesta en el corto plazo, olvidando la sostenibilidad del recurso en el largo plazo, se defienden los intereses de las regiones que se representan, mientras se refieren al cambio de cultura de uso del agua con muchos dichos y ningún hecho. Está claro, y es desde la óptica del político comprensible, que mientras el sistema funcione nada se quiera cambiar. Pero no siendo ese el caso, mirar hacia otro lado comienza a ser una irresponsabilidad. Las sequías y las avenidas serán cada vez más severas. Es muy triste constatar que los cambios sólo llegan de la mano de situaciones límite. La hoy ya clara evidencia deberá esperar a ser aún más palmaria. De hecho, y a los efectos del cambio de cultura, para nada sirvió la última gran sequía (1991-95), pese a que durante esos años, más de diez millones de habitantes del sur de España soportaron cortes de agua tercermundistas. La crisis vivida no fue suficiente para introducir los cambios que con urgencia ya necesitamos. Hace falta aún una crisis mayor. Y es que, como dice un buen amigo israelita, estas crisis profundas son, por desgracia, necesarias. Así es la condición humana. Si lo sabrán ellos. ■



CARNICERÍA Y EMBUTIDOS

Jaime

C./Cruces Viejas, 43 Tlf. 964 52 53 22 VILA-REAL (Castellón) Avda. Tárrega, 38 Tlf. 964 53 58 09

Talleres INFANTES C.B.
REPARACIÓN DE AUTOMÓVILES

Gamboá, 13 - Tel.: 964 52 40 62
12540 VILA-REAL (Castellón)

Mantas ANA

Carmen Martín Gómez

José Ramón Batalla, 29 - Tel. 964 52 11 34 - 964 52 61 90
12540 VILA-REAL (Castellón)